

## PALABRAS DESHONESTAS.

*Tetigit linguam ejus.... et solutum est vinculum.*  
Le tocó la lengua.... y se le soltó el impedimento.

(Marc. vii, 33 et 35.)

En el presente Evangelio cuenta S. Marcos el milagro que hizo nuestro divino Salvador, curando á un mudo con solo tocarle la lengua: *Tetigit linguam ejus... et solutum est vinculum*. Pero de estas últimas palabras no se deduce que aquel hombre fuese mudo en efecto, sino que tenía la lengua impedida, y no podía hablar espeditamente: por lo que añade S. Marcos, que después del milagro hablaba bien: *Loquebatur recte*. Fué pues necesario un milagro para desatar la lengua de éste y quitarle el impedimento que tenía. Pero, ¿á cuántos haria un favor, si les atase la lengua para que no pudiesen hablar deshonestamente? Puesto que quien adolece de este vicio,

Hace gran daño á los otros. Este será mi primer punto.  
Y se hace gran daño á sí mismo. Aquí teneis el segundo punto. A. M.

4. San Agustín (en PSALM. 160), llama *Satanæ mediatores*, mediadores de Satanás, á los que hablan deshonestamente; porque donde no puede llegar Satanás con las sugestiones, llegan aquéllos con las palabras obscenas que pronuncian. De estas malditas lenguas dice Santiago: *Et lingua ignis est... inflammata á gehenna*: Es su lengua un fuego inflamado por el infierno, con el cual abrasa el obsceno á los demás (JAC. iii, 6). Esta puede decirse que es aquella tercera lengua de que habla el Eclesiástico: *Lingua tertia multos commovet, et dispersit illos* (ECCL. XXVIII, 16). La lengua espiritual es la que habla de Dios; la lengua civil, la que habla de los negocios del mundo; hay pues una tercera lengua que es la del infierno, que habla de las obscenidades carnales, y ésta es la que pervierte á muchos y hace que se pierdan.

El real profeta, hablando de la vida de los hombres sobre la tierra, dice: *Via illorum tenebra et lubricum*: Su camino es las tinieblas y la lubricidad (PSALM. XXXIV, 6). Como si dijéramos: El hombre, mientras vive, camina entre las tinieblas por un camino resbaladizo; por lo cual está en peligro de caer á cada paso, si no tiene toda la cautela y no mira donde asienta los piés, con el fin de evitar los pasos peligrosos, es decir, las ocasiones de pecar. Si en este camino, pues, tan resbaladizo hubiese alguno que le empujase para hacerle caer, sería un milagro que no cayese en el precipicio. Pues esto cabalmente hacen aquellos satélites del demonio que hablan obscenidades: inducen á los otros al pecado mientras están en este mundo habitando en las tinieblas, y cercados de una carne tan propensa á este vicio. De tales hombres se dijo con razon: *Sepulchrum patens est guttur eorum* (PSALM. v, 11). Las bocas de éstos que no saben hablar sinó obscenidades, son otros tantos sepulcros abiertos que exhalan putrefaccion, dice S. Juan Crisóstomo: *Talia sunt ora hominum, qui turpia proferunt* (Hom. II, DE PROP. OBS). El hálito que sale de la podredumbre de los cuerpos amontonados en una fosa, infesta y trastorna á todos aquellos que perciben la hediondez.

El Eclesiástico dice, que el golpe del látigo hace un cardenal en el cuerpo; y el de la lengua quebranta los huesos: *Flogelli plaga livorem facit: plaga autem lingue comminuet ossa* (ECCL. XXVIII, 21). Quiere esto decir, que las heridas que causan las lenguas deshonestas penetran hasta los huesos de aquellos que las oyen, por el escándalo que les causan, especialmente cuando se profieren en presencia de personas inocentes y timoratas. Cuenta S. Bernardino de Sena, que una doncella que vivía santamente, al oír á un joven una palabra obscena, cayó en malos pensamientos, y luego se abandonó tanto á la impureza, que dice el Santo, que aunque el demonio hubiese tomado carne humana, no hubiera podido cometer tantos pecados impuros como ella cometió.

Lo peor es, que estas bocas infernales que pronuncian á menudo palabras deshonestas, tienen este vicio por una bagatela, y pocos se confiesan de él, pues suelen responder, cuando el confesor les reprehende: *Yo lo digo por chanza y sin malicia*. ¿Con que lo dices por chanza? ¡Infeliz! Estas chanzas hacen reír al demonio, y te harán llorar á tí eternamente en el infierno. Porque no sirve decir que tú lo dices por chanza y sin malicia; pues cuando profieres esas palabrotas escandalosas y obscenas, es muy difícil que no peques por obra también: porque el que se deleita con las palabras, no está lejos de las obras. Además de que, cuando se habla tan escandalosamente delante

de personas de ambos sexos, siempre hay en ellas delectación peli-grosa. Y ¿no es pecado también el escándalo que se da á los otros? Una sola palabra deshonesta que se pronuncie, es capaz de hacer caer en pecado á cuantos la oyen. Por esto dice S. Bernardo: *Unos loquitur, et unum tantum verbum profert, et tamen multitudinis audientium animas interficit*: Aunque hable uno solo, y no pro-fiera más que una palabra, mata sin embargo con el escándalo las almas de cuantos le oyen (SERM. XXIV IN CANT). Y este pecado es peor, que si uno matase á muchas personas disparando un arcabuz; por-que así mataría los cuerpos, y con las palabras obscenas mata á las almas.

En fin, esos hombres cuya lengua es un volcan, son la ruina del mundo. Más daño hace uno solo de ellos, que cien demonios del in-fierno, siendo así la ruina de muchas almas. Y no soy yo quien os lo digo, sino el Espíritu Santo, que dice: *Os lubricum operatur rui-nas*: La boca lúbrica y deshonesta causa la ruina de muchos (Prov. XXVI, 28). Ellos, pues, darán cuenta á Dios del pecado que cometen hablando mal, y de los que hacen cometer á los que los escuchan. Si tuviesen presente cuando hablan de ese modo, las palabras del Evangelio, que dice del escandaloso, que sería mejor que no hubiese nacido, seguramente que refrenarían su lengua, y no causarían la muerte del alma á tantos inocentes: *Sanguinem autem ejus de ma-nu tua requiram* (EZECH. III, 18). Pero pasemos al segundo punto.

2. Dicen algunos: *Pero yo hablo sin malicia*. A esta excusa fútil y necia he respondido ya en el punto primero, que es muy difícil que uno hable palabras deshonestas sin complacerse con las ideas que ellas suscitan en la imaginación, especialmente cuando se proferan délan-te de muchachas, y casadas jóvenes: porque regularmente resulta de ellas una secreta complacencia, que suele ser semejante á una chispa eléctrica que abrasa cuando toca. Si el fuego prende en la estopa, la abrasa: pues del mismo modo, si un mal pensamiento se ceba en nuestra imaginación, abrasa nuestra alma inclinada al pecado: por-que el cuerpo y el alma de todos los hombres, como dice la santa Es-critura, están inclinados al mal: *Sensus et cogitatio humani cordis prona sunt in malum* (Gen. viii, v. 21). Sobre todo, el hombre está inclinado al vicio deshonesto, al cual le inclina y arrastra la misma naturaleza. Y por eso, en esta especie de combates, si no somos muy cautos y prudentes, todos nos hallamos enredados, y pocos salimos vencedores. Al que dice libremente palabras obscenas, siempre se le presentan á la imaginación aquellas mismas ideas impuras y desho-nestas que nombra; y éstas suscitan la complacencia en su alma, y le

hacen caer, primeramente en torpes deseos, y luego en las obras: y esta es la consecuencia de hablar obscenidades, aunque sea sin malicia, como suelen decir los que se acostumbran á divertir á los demás con torpezas. ¿Con qué habláis mal sin malicia? ¿Y no hay malicia en obrar mal? ¿Y no es obrar mal hacer lo que Dios prohíbe? ¿Y no pro-híbe Dios las acciones, las palabras y los pensamientos impuros? ¿Cómo pues osáis decir, que habláis sin malicia? Decid que despreciais la salud de vuestra alma y los preceptos de vuestro Dios, y que obedecéis al demonio.

Dice el Espíritu Santo: *Lingua tua ne capiariis* (ECL. v, 46). Que quiere decir: ten cuidado de no labrayte con tu lengua una ca-dena que te conduzca y arrastre á los infiernos: porque escribe Santi-ago: Que la lengua mancha todo el cuerpo, é inflama la rueda de nuestra vida: *Lingua... maculat totum corpus, et inflammat ro-tam rationis nostrae* (JAC. III, 6). La lengua es uno de los miem-bros del cuerpo que, cuando habla mal, infesta á todos los demás, é inflama y corrompe toda nuestra vida, desde la niñez, hasta la senec-tud; y de ahí resulta que los que hablan obscenidades, no saben absten-derse de semejantes conversaciones, aún cuando sean ancianos.

¿Y se compadecerá Dios de aquellos que no se compadecen de las almas de sus prójimos? Dice Santiago: Que será juzgado sin compa-sión aquel que no tuvo compasión de los demás: *Judicium enim si-ne misericordia illi, qui non fecit misericordiam* (JAC. II, 13). ¡Qué compasión causa á las veces ver á estos habladores obscenos hablar delante de jóvenes casadas y muchachas! Y cuando mayor es la con-currencia de los oyentes, con tanto más calor y desenfreno suelen ha-blar, sin contemplar el mal que hacen, ni el escándalo que dan á tantos inocentes. Porque muchas veces se hallan presentes niños y niñas de poca edad, á quienes escandalizan sin reflexion ni mira-miento. ¡Oh Dios mio! ¡cómo llorarian los ángeles custodios, si pu-diesen llorar, de aquellos desgraciados muchachos que se condenan por el escándalo que les causaron las palabras deshonestas, que pro-nuncian en su presencia algunos hombres impuros y desalmados! Pero pedirán contra ellos terrible venganza delante de Dios. Y esto es lo que significan aquellas palabras de Jesucristo: No desprecieis á ninguno de los pequeñuelos: porque os aseguro que sus ángeles cus-todios están viendo continuamente en el cielo cara á cara á mi Padre (MATT. XVIII, 10).

Cuidad por tanto, hermanos míos, de guardaros mas que de la misma muerte, de hablar palabras deshonestas. Oid la exhortación que os hace el Espíritu Santo por estas palabras: *Ex verbis tuis fa-*

*cito stateram et franos ori tuo rectos: et attende, ne forte labaris in lingua: et sit casus tuus insanabilis in morte* (ECCL. XXVIII, 29). Ten cuidado de no resbalar y pecar con tu lengua, no sea que no te levantes de tu caída, si te previene la muerte. Dios nos ha dado la lengua, no para ofenderle, sino para alabarle y bendecirle. Y por eso dice S. Pablo, que no debemos, ni aún nombrar la fornicación ni ninguna cosa inmunda, como conviene que hagan los que profesan una vida santa: *Fornicatio autem, et omnis immunditia nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos* (EPI. V, 5). De modo que, no solamente debemos evitar las palabras obscenas y las palabras equívocas y lúbricas, teniendo presente que los equívocos deshonestos tal vez causan más daño que las palabras impuras: sino también las palabras picantes que son ajenas de las personas santas, esto es, de los cristianos, de los que habla S. Pablo.

Pensad que vuestras bocas son bocas de cristianos, en las que tantas veces ha entrado Jesucristo por medio de la santa comunión, y por esto debéis absteneros de proferir palabras injuriosas, que son un veneno infernal. San Pablo escribe, que la conversacion de un cristiano debe siempre sazonzarse con la sal: *Sermo vester semper in gratia sale sit conditus* (COLOSS. IV, 6). Es decir, mezclarse con algunas palabras santas que muevan á los demás á amar á Dios, y á retraerlos de ofenderle. ¡Feliz la lengua que no sabe hablar sino de las cosas de Dios! Debeis pues guardaros, amados cristianos, no solo de las palabras impuras, sino también del trato de los que las proferen. Y así, cuando oigais hablar mal y deshonestamente, circunvalad vuestros oídos de espigas, como dice el Espíritu Santo, y no escuchéis tales conversaciones: *Sepi aures tuas spinis, linguam nequam noli audire* (ECCL. XXVIII, 28). Que quiere decir, que os revistais de severidad, y reprendais con calor y celo á los que hablen de este modo; ó al ménos les manifesteis en el semblante que os disgusta la conversacion. No nos avergoncemos de parecer secuaces de Jesucristo, si no queremos que Jesucristo se avergüence de recibirnos despues en el paraíso. Manifestemos á los malos que seguimos y defendemos la doctrina y los preceptos de Jesucristo; confesemos que somos sus discipulos, para que él confiese también que es nuestro maestro en la otra vida. De este modo cumpliremos con su santa ley, y despues de esta vida mereceremos disfrutar de su santa compañía en la eterna.

## DIVISIONES.

**PALABRAS TORPES.**—Son impudentes cuando se proferen en presencia de aquellos á quienes se debe respetar.

Son escandalosas en los labios de aquellos que están obligados por su edad y por su estado á hablar con gravedad.

Son abominables en los lugares en donde se reúnen las personas para hablar de Dios y para escucharle.

**PALABRAS TORPES.**—No hay tentadores más importunos que los que están habituados á proferir palabras lascivas.

No hay personas tentadas que estén en mayor peligro de sucumbir que las que escuchan con placer palabras lascivas.

**PANES;** véase: MULTIPLICACION DE LOS.

**PAPADO;** véase: PONTIFICADO SUPREMO.

**PARAISO** (*en el cielo*); véase: BIENAVENTURANZA, CIELO y GLORIA.

## PARAISO.

(EN LA TIERRA.)

*Quæ sursum sunt sapient, non quæ super terram.*

Saboreos en las ccsas del cielo, no en las de la tierra.

(COLOS. III, 2.)

El movimiento social que atraviesa la Europa, entre las verdades que contiene, encierra al propio tiempo muchos errores, y estos muy trascendentales; y era un deber para la sagrada palabra de revelarlos y señalar sus funestas consecuencias. Todos estos errores tienen un comun origen, y proceden de uno que podemos calificar de mayor y capital: este error capital consiste en suponer que el mal no se halla radicalmente en el hombre, sino que está en la sociedad. Este error, en el dominio y región de los hechos, es una perpétua é

inesistente rebelion contra la sociedad, á la que ataca hasta en sus primeros elementos constitutivos: este error es, al propio tiempo, el egoismo que la devora y aniquila por sus funestos resultados.

Hay grande error en los medios, grande error en el fin; y desviando la inteligencia del camino de la verdad, la conduce necesariamente á la negacion de todos los principios y de todas las consecuencias reconocidas hasta el día como constitutivas del orden social. Sin entrar en detalles, que nos alejarian sobrado de nuestro propósito, ya se ha visto que el desarrollo de la riqueza establecido y contado como el medio seguro y único del desarrollo social, es un gérmen de errores y de absurdos, y que, en último resultado, es la negacion de la constitucion del orden en las sociedades. En los sistemas, al modo que unas verdades llaman á otras, los errores llaman por la misma razon á otros errores; y como hay un error capital en el punto de partida propuesto por la ciencia económica del siglo presente, no puede ménos de haberlo en los medios y en el fin.

Dicho error capital es nada ménos, que la dislocacion del fin del hombre y del fin de la sociedad; y para decirlo en una palabra, consiste dicho error en lo que se llama en estos últimos tiempos el paraíso restablecido en la tierra. Tened á bien oír por un momento la palabra de los reveladores de esta doctrina tan extraña. Yo no hago sino citar; y las pocas citas que hago, pueden hacerlos prever otras muchas que omito. «El paraíso que habian puesto en la cuna de la humanidad las preocupaciones tradicionales, está en el porvenir. Grabemos en nuestro pacífico estandarte el lema: «¡El Paraíso terrenal está delante de nosotros!» «Espárzase esta nueva feliz de una extremidad de la tierra á la otra, y muy en breve los hombres que nos decian, que la tierra es un valle de lágrimas, que es el lugar de la expiacion y del dolor; esos hombres, que nos están diciendo diez y ocho siglos há, que la virtud consiste en el desprendimiento de todo en la tierra; esos hombres desaparecerán, y harán lugar á nuevos siervos de Dios, que nos enseñarán á aficionarnos á la tierra, á unirnos á ella, de tal modo, que la tierra se ha de convertir acá bajo en un eden, en un paraíso nuevo en donde el linaje humano, esta gran familia de hermanos, hijos de un mismo Dios, Autor de la naturaleza, descansará por el trabajo y en la paz.»

Ved lo que hay extremo en las doctrinas: la errada colocacion del fin. Este error, que reaparece exacta y puntualmente en todas las épocas de grandes trastornos, ha reaparecido tambien en la nuestra. Y eso es lo que hay de extremado en el error, y por consiguiente lo que hay de extremado en los desastres. Me propongo examinar esta

doctrina bajo estos dos puntos de vista. Esta doctrina es en sí misma altamente falsa y contradictoria; y pasando á los hechos, esta doctrina es eminentemente desastrosa. Esto es lo que me propongo demostraros. A. M.

1. Doy por sentado, que el hombre, siendo un compuesto de materia y de espíritu, de alma y de cuerpo, su verdadero destino es la felicidad *indivisa* de entrambos. Segun esto, yo digo, en primer lugar, que la doctrina que intenta restablecer en la tierra el paraíso terrenal, la edad de oro, el último destino de la humanidad, como se quiere llamar, es una doctrina falsa y profundamente contradictoria. Y desde luego, es contradictoria á la idea que tenemos todos de lo que se llama el destino, el último fin, las postrimerias; y chocá evidentemente con una de las nociones más elementales de nuestra inteligencia. Si algo hay cierto, es, que lo que llamamos y entendemos por último destino, ha de ser una cosa fija, determinada más que ninguna otra. Su razon es metafísica, no puede negarse; pero se concibe muy bien, porque todo destino último es necesariamente un término.

Ahora bien; un término es lo que se puede concebir de más fijo, determinado y definido en el mundo. Un término indefinido, por lo mismo que no es *finito*, que es *definido*, deja de ser *término*, ó si se quiere, no será sino un *término determinado*: es una contradiccion en las cosas que no puede ménos de aparecer en las palabras. Y bien, señores; el paraíso en la tierra, digo, que es un destino último indefinido, un *término indeterminado*. En efecto, el paraíso que se nos promete ¿cuándo ha de venir? ¿Será mañana? ¿Será dentro de un siglo, será despues de miles de siglos indefinidos? Y cuando haya llegado ese paraíso, suponiendo que haya de venir un día, ¿será el último de los paraísos que podemos concebir en nuestra inteligencia? El linaje humano descansado en él, ¿podrá mirar todavía más allá? ¿Podrá abalanzarse con nuevos deseos hácia otro paraíso mejor? Y suponiendo, en fin, que este paraíso sea verdaderamente el último, ¿cuál será en ese vuestro soñado paraíso la realidad humana? ¿Habrá ahí, en él, igualdad, ó bien habrá por ventura jerarquía en las felicidades? ¿Habrá en él una dicha y ventura absoluta? Ese raudal de felicidades que se nos promete, ¿será puro y sin mezcla? O bien, en el seno de esta humanidad tan anegada en dolores, ¿pasarán todavía algunos torrentes de amargura? Indefinido, y más indefinido: ved, señores, la primera contradiccion que yo os hago ver. Lo indefinido y vago en el último destino supone ya una señal de error, y es al mismo tiempo una gran seducción.

Si, nada hay tan seductor como lo indefinido. Lo que seduce y engaña frecuentemente á los hombres, y más que todo á la muchedumbre, es lo vago de los horizontes, lo indeciso en las perspectivas, lo indefinido finalmente. Y hé aquí porque el error teme tanto, y huye tanto como puede de la definición. Vosotros decís al pueblo: tendréis un paraíso en la tierra; y el pueblo os escucha, y el pueblo os sigue. Lo comprendo muy bien; el pueblo cree en el paraíso, espera un paraíso, anhela un paraíso. Pero atrevoos á definir una vez siquiera, una vez tan solo, hoy mismo: atrevoos á decirnos cuando ha de llegar ese paraíso, cómo será ese paraíso; y mañana, de seguro, se reirá y burlará de vosotros el pueblo. Lo conocéis vosotros muy bien esto; y así es que no definís nada; os apercebís de que no haríais sino anti-quitularos con la forzosa precisión de vuestras mismas definiciones.

La segunda condicion de lo que se llama un destino final, es el ser accesible; y si no temiera yo emplear una expresion algo técnica, yo diria, que es el ser un término *tangible*. No podemos concebir el último destino, el destino final de otra suerte. Un término que no puedo yo tocar, no me parece como destino final, pues que entre el destino final y el sér que tiene vocacion ó tendencia natural intrínseca de alcanzarlo, es indispensable que tenga una correlacion intrínseca, necesaria. Y bien, el paraíso en la tierra es no solamente un término indefinido, un destino final indefinido, sino que, por lo contrario, es un destino inaccesible, y de seguro lo es evidentemente para la mayor parte de los seres humanos. Cualquiera que sea el porvenir de este sistema, suceda lo que se quisiere suponer en lo venidero, tenemos ya á la vista un *pasado*, y hé aquí más de seis mil años que el género humano ha debido andar en busca de ese paraíso sin haber jamás dado con él. Ahora bien, yo pregunto: si el paraíso está en la tierra, ¿porqué hay una humanidad que se encuentra despues de más de sesenta siglos en la imposibilidad de dar con él? Y si hay un paraíso para la generacion futura, ¿porqué no lo ha habido para la generacion pasada? ¿Y por qué no lo habrá todavía para la generacion presente? ¿Es que os creéis por ventura vosotros en el paraíso? ¡Sin duda que no! ¡Ni yo tampoco! Y así, hé aquí una contradiccion palmaria; ¿cómo haremos para salirnos de ella?

Me diréis quizá vosotros: si es cierto que el individuo no alcanza ese término de la humanidad, el sér colectivo que nosotros llamamos humanidad lo alcanza, y la humanidad no parece como un hombre! Pero, señores, es cosa manifiesta que si los seres reales, los individuos, que son los solos seres reales, no alcanzan su destino final, ese sér colectivo compuesto de seres que no lo alcanzan, no lo alcanzará

tampoco. Vosotros decís como yo digo: la humanidad no muere. Yo os pregunto: ¿qué es ese sér que yo no veo ni he visto en ninguna parte, qué es esta abstraccion de que me estais hablando siempre y que yo no puedo asir? ¿Y en favor de quién os ocupais tanto en establecerle un destino final tan vago como esa misma abstraccion, en tanto que á mí, ser real, desgraciado, me dejais allá con la realidad de mis desgracias, anhelando continuamente por un paraíso que no me llegará nunca? Ved, señores, la primera contradiccion, la contradiccion á la idea, á la nocion que todos tenemos de nuestro destino final, del *fin objetivo* de un sér como nosotros. Pero hay, además, otra contradiccion más profunda, y quizás más palpable; y es la contradiccion á la tendencia misma de nuestro sér, á la aspiracion, si quereis mejor, á la aspiracion que tenemos de nuestro destino final.

Ello es cierto que entre nuestro destino y la tendencia á nuestro destino no puede existir, no puede mediar contradiccion. La tendencia de los seres, la tendencia manifiesta está admitida por todos los filósofos como la revelacion de su destino final. Y nada me extraña esta opinión filosófica. Todo sér ha recibido del Criador, ó, si lo quereis mejor, ha recibido de la naturaleza una impulsión nativa, que lo impele siempre á sus destinos; y por correlacion necesaria, el destino mismo tiene un poder, una fuerza de atracion que atrae el sér á su destinacion última. No intento insistir sobre una verdad que os proporcionará, si quereis profundizarla, el secreto de las armonias de todos los mundos creados. Yo digo: una vez admitida esta verdad, es incontestable que si hay un destino final en la tierra para nosotros, todas nuestras tendencias han de converger hácia la tierra; y toda tendencia íntima, natural, espontánea, toda aspiracion de mi alma ó de mi corazón que pasará la tierra y el tiempo, se hace para mí, yo no diré un misterio inescrutabile, lo que no seria una causa de repulsión, pues por todas partes hay misterios; pero lo que es mucho más serio, este antagonismo entre el destino final y la tendencia vendría á ser una revelacion del error, una señal manifiesta de contradiccion.

Y bien, yo os pregunto todavía: ¿pensais vosotros mismos que estemos de tal modo limitados á la materia y al tiempo, que sintamos la impotencia de aspirar más allá de ambas cosas? Decidme, ¿hay algo por ventura en vuestra alma que os diga, que para vosotros el tiempo y la materia, por más perfeccionados y grandes que se los suponga, son bastante á llenar cumplidamente sus necesidades, sus tendencias? ¡Ah, no! vuestro rostro que ilumina delante de mí vuestro pensamiento, vuestras frentes sublimes que miran instintivamente

al cielo, me responden; y vuestros corazones y vuestras almas, dilatándose en santa y comun ambición, me dicen en este momento: ¡nó! ¡nó! La tierra, la tierra, y cien veces la tierra no serian bastante. El tiempo, y más tiempo, y cien veces el tiempo, no serian bastante. Nosotros tenemos sed de lo inmortal; nosotros estamos sedientos de lo impalpable, de lo espiritual, de lo que no es finito, de lo infinito, de lo eterno, de lo inmenso!!! Pues bien; mi alma es como vuestra alma, mi corazón da latidos como el vuestro, y nos salimos al encuentro en esta santa y comun ambición. Y si esto es así, vengan, vengan los que no nos prometian sino tiempo y materia, vengan, y expliquenos este fenómeno. Pero si para nosotros no hay sino materia y tiempo, yo os pregunto: ¿por qué vosotros y yo nos remontamos en alas de nuestros deseos, en alas de vuestras tendencias por más arriba de la materia y del tiempo?; Por qué, aun colocado en la más alta cima á que me pudiera elevar la materia, como el águila en las más altas crestas de las sierras más elevadas, por qué tengo todavía necesidad de levantarme más arriba, si he de seguir el secreto y fuerte impulso de mis tendencias nativas? Vosotros me direis, como hay muchos hombres que dicen: ¡Es un misterio! Os engañais: no hay misterio aquí. El misterio es la verdad escondida, y aquí os hallais cara á cara con una contradicción palpable: y yo afirmo que esta contradicción no puede existir en la armonía de la creación social. ¡Ah! yo, hijo de la doctrina, de la doctrina verdadera, cuando oigo exclamar al hombre: «Yo estoy estrechado entre el tiempo y el espacio; yo me ahogo en esta materia;» me queda una expresion sencilla que decirle: Espera, espera un poco, y tú poseerás lo inmaterial; tú poseerás lo infinito. Pero vosotros que amurallais al hombre como entre dos paredes, la materia y el tiempo, cuando se queja de que no está bien, que se halla en estrechura, ¿qué palabra le podreis dirigir? Solo podeis decirle: amolda tu alma á la capacidad de la materia; haz tu alma á la medida del tiempo, y así podrán satisfacer y llenarse el tiempo y la materia. Pero en vano lo ensayaré el hombre. Seis mil años há que lo han ensayado las generaciones extraviadas como las vuestras por doctrinas, sino tan sutiles como las que ponderais, semejantes en el fondo. Y esto prueba hasta la evidencia que vuestra doctrina, no es solamente una contradicción injuriosa á la experiencia de seis mil años, sino una contradicción de la idea humana acerca de su destino final; una contradicción á la tendencia á este destino y á todas las aspiraciones de la humanidad: es, sobre todo, una inmensa contradicción á la historia.

Si; la historia, desde el punto de vista que ventilamos en este mo-

mento, la historia podria resumirse en estas breves sentencias: El hombre que anda por el camino del tiempo en busca de la eternidad; el hombre que marcha por la tierra mirando al cielo, y que se encamina al través de este valle de lágrimas, de este destierro, llamando sin cesar á su patria: ved á la humanidad en globo. Estadme atentos. Hace cuatro mil años, poco más ó ménos, un venerable legado de la tierra de Canaan comparecia ante un poderoso monarca, ante un Faraon. Viendo á este anciano revestido de la doble veneración de sus años y de sus virtudes: «¿Qué tiempo tenéis?» preguntó el rey al anciano. Y este le respondió: «Los dias de mi peregrinacion son ciento y treinta años, pasados entre dias aciagos y cortos; y el número de mis dias no ha igualado á la peregrinacion de mis padres.» Posteriormente á este episodio, y en otro país del mundo, cierto sugeto, echándole en cara á un anciano de ser indiferente á su patria, de no amar á su patria: «¿Cómo replicó el anciano, imi patria! yo la amo;» y diciendo esto señalaba al cielo con su mano trémula. Pues bien; el patriarca y el filósofo, Jacob y Anaxágoras, son los dos representantes de la humanidad, Jacob es el representante de esa humanidad instruida en los manantiales mismos de la tradición; y Anaxágoras es tambien la humanidad encontrando en la naturaleza y en la razon humana la revelacion de una patria mejor. Si, si; Jacob y Anaxágoras son la humanidad que llora y se desconsuela; la humanidad que padece y que se va yendo... y con cada suspiro que lanza este viaje doloroso, hace infalible la profecía de su eterno infinito...

Mas yo estoy oyendo sin cesar á ciertos hombres que dicen: «La humanidad es quien se engaña; y nuestra sabiduría es la que tiene razon.» ¡Oh! cuando se razona y discute acerca de lo porvenir, entiendo muy bien que las teorías más aventuradas se pueden poner en juego; porque ese porvenir no está ahí á la puerta para responderos. Pero cuando se trata de lo pasado, el terreno de la cuestion y de la discusion no es ya tan arbitrario, y hay que atenerse á hechos, no á dichos. Los siglos están ahí: están hablando, y se presentan á vuestra faz para que al menos respeteis la verdad histórica. La historia es historia; y la historia está contra vosotros toda entera.

Desde luego, yo me tomo la libertad de preguntaros, si desde el pináculo de vuestros sistemas de ayer, tendríais intencion de fulminar la historia. Mas vosotros, para esquivar el núcleo de la cuestion, nos decís: no somos solos nosotros; y en todos los siglos y en todos los pueblos hay hombres á nuestro favor. Convengo en ello, si se quiere; pero contados, contad los que estén á vuestro favor: pesad sus dichos, pesad su autoridad, y juzgad vosotros mismos. Los que están contra

vosotros, al otro lado del Calvario, son cuantos innumerables descendientes del primer hombre componen la humanidad paciente, la humanidad virtuosa, los verdaderos sábios, al ménos cuanto podian serlo ántes de la gran revelacion de la verdad. Los verdaderos sábios, los verdaderos virtuosos pasan delante de vosotros, y al pasar os muestran todos, como Anaxágoras, el cielo. Y de este lado del Calvario mirad pasar las generaciones: ved las vírgenes, ved los apóstoles, ved los confesores, ved legiones de santos. Todos van pasando delante de vosotros, los unos levantando la palma de la virginidad, los otros la de la voluntaria pobreza, los otros la de la caridad, los otros la del sacrificio de sí mismos, los otros la palma del apostolado, de todas las virtudes, de todos los heroísmos; y todos, todos, al pasar ante vosotros os dicen una misma palabra: ¡El paraíso es el cielo! Ved en lo que viene á parar este sistema del paraíso en la tierra. El está en contradicción con la idea que tenemos nosotros del destino, con la aspiracion que tenemos del destino, y en contradicción con la historia. Pero sabéis muy bien, que el destino de todo error grande es de producir desastres grandes. Y yo me propongo señalaros los principales que debe traer aquel pasando á los hechos.

2. Ese grande error, que trata todavía de seducir las naciones, provoca, en los hechos, solemnes cargos de mentiras hechas á las promesas con que engaña á la muchedumbre. Desde luego, ese sistema promete á las generaciones ascenso, una elevacion continua: que en eso consiste la verdadera grandeza de la humanidad; y en los hechos provoca lo que yo me tomaré la libertad de llamar *la perpetuidad del abatimiento*, el abatimiento continuo. Si algo hay apoyado en la triple certidumbre moral, histórica, y metafísica, es que el hombre no puede de sí mismo tender á un fin más elevado que lo que él considera ser su último destino. La razon, la historia, la conciencia nos dicen que el hombre puede quedarse atrás, y mirar mucho más bajo; y de hecho se realiza eso demasiado; pero nos dicen aquéllas, por medio de un testimonio igual é invariable, que no puede nunca elevarse más alto. ¿Por qué, en efecto, hacerse más grande que su destino? ¿Por qué traspasar lo posible con sus ambiciones? Ahora bien, sentado este principio como incontestable, veis que esta doctrina no puede ser sino el abatimiento continuo para las generaciones que la adopten. Y en efecto, si se me dice que mi último fin, que mi destino final está en la materia; y si yo acepto este destino; si yo me digo: «En ella consiste mi porvenir, en ella está cifrada mi grandeza, ella forma toda mi dicha;» yo desafío á todo filósofo y á toda la filosofía que me den un motivo razonable de tender más allá de la materia,

más allá del tiempo, más alto que el tiempo y la materia. De grado ó por fuerza es menester que yo me detenga allí: es menester que yo *cercene* la sublimidad de mis pensamientos, los cuales me elevan al cielo: es menester que yo recoja á la medida del tiempo y de la materia la inmensidad de mis deseos.

Y así héme entre estos dos límites: yo que estoy sediento de eternidad y de infinidad, me veo constreñido á formarme una existencia tan estrecha como lo es el tiempo, tan soez y baja como es la materia. Esto es inevitable, señores: lo pruebo. Así como tengo entendido que mi destino no tiene más elevacion que la tierra, menester es que entienda me es necesario nivelarme á la tierra, rampar por la tierra; y de aquí procede un abatimiento continuo por una consecuencia necesaria. Entónces, el vuelo de la inteligencia, el remonte del ingenio no pueden ayudarme á subir; no sirven á elevarme. Tú eres un sabio, tú eres un prodigio en ciencias; lo concedo: tu frente relumbra con todas las luces que éstas despiden; lo concedo; pero ¿y qué hace esto para tu grandeza y la mia, si esa ráfaga de luz no hace descubrir en torno de tí ni de mí sino dos tristes paredones, entre los que estamos como encajonados, la materia y el tiempo? Tú eres un hombre de genio superior, de talentos sublimes, yo vengo en ello. ¿Más qué puede hacer esto para vuestra grandeza y la mia, si vos y yo, desviando nuestras miradas de las perspectivas eternas y de las realidades invisibles, si siguiéndonos yo en ese vuelo ratero con mi pensamiento angélico y con mi dignidad de hombre, veo que caigo de día en día en el sentido animal?

¡Ah! esta palabra no está por demás, ni es parto de mi preocupacion. ¡Ah! desde el momento en que nos limitamos á tal grado, caemos en lo animal, no buscamos otro paraíso que el que busca el sentido animal, no ansiamos otro destino que el que ansia el animal, nos detenemos en la porcion de materia que encontramos sobre nuestro camino de materia, y ensayamos entre un porvenir sin prevision y un pasado sin recuerdos; ensayamos, digo, hacernos un paraíso en el que tendremos todo, todo, excepto las tres cosas que vosotros y yo llamamos con todas nuestras potencias; á saber: Dios, cielo é inmortalidad. Pero yo os oigo decir: Nosotros reconocemos á Dios y á la inmortalidad; y confesándolas, es claro que reconocemos haber un cielo. ¡Vuestro Dios! ¡Ah! lo conozco: vosotros que no queréis otro paraíso que el de la tierra, vuestro Dios es el dios *todo*, que no es *nada*, dios materia, dios palpable; ¡Vuestro Dios! Yo lo trituro, yo lo piso á todas horas con mis piés de viajero como fango de un lodazal, como terron en un camino: yo lo hago polvo que se va desvaneciendo

ciendo á mis pasos. ¡Vuestro cielo! ¡Oh! menester es que guardéis la palabra, cuando la verdad que revela no puede desarraigarse de la humanidad! ¡Vuestro cielo! ¿qué es? Un cielo mil veces más rebajado que el cielo del paganismo, un cielo que toca á la tierra, que es la tierra misma, en donde me queáis regalar, á mí, que en vuestro sistema vengo á ser Dios, no esa celestial ambrosia que suministraba á los dioses una embriaguez que los paganos hallaban medio de llamar divina, pero en la que yo no pudiera beber sinó una embriaguez que ni aún es digna de un hombre. Ese es vuestro cielo. ¡Vuestra inmortalidad!... La conozco: vuestra inmortalidad es una mentira; vuestra inmortalidad es una inmortalidad de géneros, una inmortalidad de especies; iextraña inmortalidad, en donde todo es inmortal excepto el hombre! Inmortalidad en la que para mí, sér real, solo me queda una cosa, y es... la muerte. No, no; en ese paraíso que nos prometéis no hay Dios, no hay cielo, no hay inmortalidad.

Y sin embargo, ¡me hablais vosotros de engrandecerme! No lo entiendo. Si yo bajo del cielo, es menester que yo me eche sobre la tierra; si yo abandono la inmortalidad, es menester que yo me estreche entre murallas de tiempo; si yo bajo, si yo caigo de Dios, menester es que caiga sobre mí mismo. Y entonces, caido así, me espanto al verme en este triste abatimiento donde yo me siento revolcado. Así, el ascenso, la elevación, el engrandecimiento está en las palabras; y el abatimiento, y la bajeza, y la grosería, y la torpeza, en las cosas. Mas no se reduce á esto todo: hay todavía algo más triste y aflictivo. El efecto inevitable de esta doctrina es el desenvolverse y propagar en las poblaciones, y más que todo en las clases menesterosas y desgraciadas, lo que yo llamo el horror de padecer; y por ese medio suscitar un aumento, un crecimiento continuo de padecimientos, no pudiendo persuadirse el hombre que el término de su felicidad es este mundo, sin que deje de concebir por esta razon mayor horror á los padecimientos que experimenta en este mismo mundo. Y no pudiendo encontrar, por otra parte, dentro de sí mismo sinó este odio progresivo al sufrir y padecer, reaviva y aumenta mil veces más la intensidad de los padecimientos á que en virtud de una fuerza invencible se ve sujeto. Dejo á vuestra seria consideracion estos pensamientos, sin poderme detener en ellos, pidiendo largas razones que prolongarian sobrado esta conferencia, y yo me limito á tocar inmediatamente sus resultados.

De la doctrina que acabamos de exponer, y de sus legítimas y forzosas consecuencias resulta para las generaciones desventuradas, una situacion verdaderamente espantosa. Con ese horror immoderado al

padecer y á la privacion, que procede naturalmente de las premisas de aquel sistema, se agrava más y más el padecimiento moral que aqueja al hombre y que parece decirle, como para irritarlo aún más: «No te dejaré mientras vivas: é imprimiéndole padecimientos siempre nuevos, le priva además y le arranca á un tiempo mismo la sola dicha que le resta al desgraciado, la dicha de la esperanza que tanto minorra la intensidad de los males. ¡ Ah! Apercibirse el hombre de que se ve arrollado y como magullado por la realidad de lo presente, y no quedarle ni aún el triste recurso de volver sus ojos hácia un porvenir, y tratar de consolarse al ménos con una sonrisa de esperanza...! ¡esto es muy cruel! ¡Oh! Entiendo muy bien y me hago cargo de que cuando la criatura se ve abrumada por lo presente, pero que todavía no se haya desesperado de alcanzar un porvenir más risueño, entiendo y me hago muy bien cargo de que sea posible consolarse, abalanzándose en alas de la esperanza hácia esas perspectivas que se creen ver de vez en cuando en un lejano á que se puede llegar, en las cuales se trasluce la aparicion de una dicha que quizás vendrá: esto en fin es un consuelo, y un consuelo moral efectivo. Pero estarse allí, en un presente que os abruma y hunde bajo la losa fria de realidades tristes, y en nombre de la ciencia, y porque así lo prescribe la ciencia, verse todavía obligado á renunciar al porvenir, no poder ni aún invocarlo como á su único refugio y consuelo... yo sostengo y repito que eso es cruel.

¿Qué será pues la vida para el hombre que ha abierto su alma á esas fatales doctrinas?... Desheredado así de las esperanzas del porvenir en esta vida, todo hombre de inteligencia y de simpatía está condenado á ser decorado por la desesperacion y la duda, dos monstruos de los cuales el primero corroe las entrañas, y el segundo el pensamiento del hombre. No hay que dudarlo, señores, cuando despues de estas promesas fastuosas á las que se habia tenido la desgracia de creer, se siente caer el hombre en la realidad de su vida, cuando se ha cerrado el cielo sobre su cabeza, y que se le va deslizando de entre sus piés ese paraíso de la tierra; entónces, señores, ¿qué puede pasarse en esta inteligencia, qué puede pasarse en este corazon de un hombre tan espantosamente desesperado? Ese Dios, ese Dios que me entrega á la seducción de los hombres y á la tiranía de las cosas, ¿cómo podré comprenderle yo? Ese Dios que me sacará de manos de la miseria para dejar deslizarne en un sepulcro á donde bajaré yo con mi desgracia, con mi desesperacion, sin que me lleve allá el poder de resucitarme con una esperanza siquiera, ¿cómo podré amarle yo?

Ved el paraíso en las palabras. Y ¿en qué ha de parar? En zanjar-



nos un abismo que profundiza más y más, y de cuyo fondo me parece estar oyendo salir el ruido de los gemidos y de los suspiros, que parecen traer á la tierra ese infierno que nosotros, al ménos, no lo creemos sino en el otro mundo. Pero tened bien entendido que el pueblo que no quiere creer en el infierno del otro mundo, no se decidirá por cierto ni resignará á aceptar el infierno de éste. ¿Le habeis prometido un paraíso? Menester es que lo goce; y si le es necesario hacérselo sobre ruinas, y si es necesario rociarlo con sangre, se abrirá paso por todo para tentar fortuna: trastornará la tierra de piés á cabeza, destruirá, y destruirá, porque no es capaz sino de destrucion; y este es el gran desastre que yo intentaba haceros ver en esta doctrina, que solo puede dar por frutos desolacion, ruina, muerte. Si; esta doctrina, una vez aceptada y propagada por el pueblo, á la manera que se entrega un ajusticiado en manos del verdugo, entrega ella las generaciones en las estrechuras mortales de un espantoso silogismo, que es el siguiente: Para los hombres que admiten y proclaman que el paraíso está en la tierra, su destino final en ésta es gozar; no es otra cosa, y esa es su postrimería: es así que la ley suprema de todo sér es de arribar á su destino, es de vencer todo obstáculo á su último fin: luego, todo lo que ha de retrasar la llegada del paraíso á la tierra tiene que ser ilegítimo, y todo obstáculo que se oponga á la realizacion de la felicidad humana en la tierra ha de vencerse, aunque fuese á costa de despojo, carnaje y maertes. ¡Silogismo terrible, silogismo espantoso, silogismo homicida que tiene en sus premisas el goce, y en su consecuencia el asesinato! Silogismo espantoso, pero muy fácil de concebir, pero muy al alcance de un pueblo! y hay hombres que se riberizan de reasumir en él la moral, la filosofía y aún el catecismo del pueblo. Es imposible, señores, salir de este silogismo, negar la legitimidad de su consecuencia. No podeis esquivaros de la mayor: si el paraíso está en la tierra, es necesario gozar en la tierra. Yo os desalío á que hagais comprender al pueblo su destino de otra suerte que consignándolo en esta divisa: El placer, el goce, la alegría universal.

Ved los resultados inevitables de la doctrina, si tal doctrina llega á ser aceptada, como ya está muy propuesta. ¡Oh sábios de la tierra! ¡cuán más sábia es que vosotros la religion de mi Dios! ¡Y cuánto siento, que la abundancia del asunto no me haya permitido desarrollar al mismo tiempo el misterio de la esperanza cristiana! Pero vosotros lo sabeis muy bien; este misterio puede reasumirse en una sencillísima expresion: El paraíso, en el cielo. ¡Ah! no tenemos paraíso en la tierra, nó. Nosotros tambien oimos en el fondo de nuestro

corazon ese perpétuo y secreto gemido de todos los desterrados aquí; pero ¿no es verdad que tenemos nosotros un gran consuelo, y experimentamos una alegría inefable cuando, hallándonos desesperados por las realidades presentes, esperamos las realidades invisibles? Cuando nos aquejan grandes padecimientos y angustias, cuando nos parece que la realidad presente nos abruma y abate, queda todavia en lo interior de nosotros una fuerza que puede levantarnos hácia la felicidad haciéndonos mirar al cielo. Y cuando en coyuntura semejante en vosotros y en mí, queda esa tristura que se apodera del corazon del hombre al fin de cada cosa, cuando los hombres se han salido al encuentro por el corazon, cuando se han hablado y se han entendido; en fin, cuando se han grangecido una de las mayores venturas de la tierra, todavia nos queda otra mayor que podemos y debemos prometernos: y es la dicha de volverse á ver, de reunirse, de abrazarse allá, en el paraíso, en aquel verdadero paraíso en donde las almas se unen y se abrazan para no separarse jamás!

## PARALÍTICO DE LA PISCINA.

(EL.)

*Eras quidam homo triginta et octo annos habens in infirmitate sua.*

Estaba allí un hombre que treinta y ocho años hacia que se hallaba enfermo.

(JOANN. V. 5.)

El evangelista S. Juan nos dice, que en Jerusalem habia una piscina en cuyos pórticos yacia una gran muchedumbre de enfermos aguardando el movimiento de las aguas; pues un ángel del Señor descendia de tiempo en tiempo á la piscina, y se agitaba el agua; y el primero que despues de movida el agua entraba en la piscina, quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese. Pasó por allí el Salvador, y viendo á un infeliz que treinta y ocho años hacia que se hallaba enfermo, le curó con una sola palabra. El curar un enfermo

solo, no fué ciertamente una cosa grande para el poder infinito de Jesucristo, que con una sola palabra podia curar todos los enfermos de la piscina; y fué muy poco para su infinita bondad el no haber curado, de tantos infelices, más que á uno solo. ¿Qué deberemos deducir de esto, sino que este poder y esta bondad infinita, lo mismo en el milagro presente que en todos los demás, ha cuidado más bien de instruir las almas en los misterios de la salvacion eterna, que de librar los cuerpos de las enfermedades temporales? Y con esto ha hecho el Señor una cosa mucho mayor, porque es una obra más grande y más propia de Dios el haber destruido los vicios de las almas inmortales, que el haber ahuyentado las enfermedades de los cuerpos que tarde ó temprano debian morir. Si el Mesías se hubiese dedicado especialmente á mejorar la condicion corporal y terrena de los hombres, hubiera sido un Salvador como los necios de los judios se lo figuraron y lo esperan todavia, un salvador terreno, un salvador hombre; pero habiéndose ocupado principalmente de la salvacion de las almas, se mostró como se habia anunciado el mismo á toda la desgraciada humanidad por medio de su profeta, un Salvador eterno, un Salvador Dios, el verdadero Salvador prometido.

Pues bien, de esta mision sublime, y digna solo de un Dios Salvador, de perdonar los pecados, de sanar las enfermedades de las almas que creyeren en él, nos ha dado una bella muestra, un magnifico preludio y una prenda de gran valor en el paralítico que curó milagrosamente en la piscina. Y esto es precisamente lo que vamos á ver en la explicacion de tan bello portento. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

4. Todos los Padres de la Iglesia, todos los intérpretes católicos han visto en este grande milagro que Dios obraba en Jerusalem, la figura de un gran misterio. Esta piscina, rodeada de cinco pórticos, representaba el pueblo judío, encerrado en el círculo de los cinco libros de la ley de Moisés, que lo libraban del pecado. Los pórticos de la piscina contenian una multitud inmensa de enfermos, sin curarlos, y esta circunstancia hacia conocer la indole de la ley, que acusaba y convenia á los pecadores, mas no podia por sí sola salvarlos de sus pecados. Esta inmensa turba de enfermos que, afligida por toda clase de enfermedades, yacia en los pórticos con el corazon triste y los ojos llorosos, fijos siempre en el agua milagrosa que podia curarlos, representaba la turba de judios fieles, que, como dice S. Pablo, estaban con los ojos del alma fijos siempre en el futuro Mesías, saludándolo desde lejos: *A longe aspicientes et salutantes* (Hebr. xi),

como un enigma de misericordia y de perdon; y que, afligidos por no poder con sus solas fuerzas cumplir una ley cuyas palabras oian recitar diariamente, ansiaban la venida del Redentor, lo buscaban en todos sus sacrificios, y con todo el afecto de su corazon solicitaban el auxilio de su gracia. Esta multitud de ciegos, de cojos y de ateridos representaba con mucha más razon al pueblo gentil que al pueblo judío: los gentiles estaban ciegos, porque ignoraban hasta los primeros fundamentos de la verdad; estaban cojos, porque se habian hecho impotentes para practicar las mismas leyes naturales, de que conservaban algunas nociones confusas; estaban ateridos, porque el fuego del amor profano habia desecado en ellos todo sentimiento del amor divino: estos enfermos desgraciados solo podian ser curados por Jesucristo.

El ángel descendia visiblemente á la piscina para significar que el Verbo eterno, cubriendo su divinidad con el velo de su humanidad, habia de aparecer en el pueblo judío. El ángel agitaba el agua, y esto significaba que Jesucristo, con los prodigios que habia de hacer con las celestiales doctrinas que habia de enseñar, habia de agitar, como lo hizo en efecto, á los pecadores judios, que de aqui tomaron ocasion para perseguirlo y crucificarlo. Y en efecto, en el Evangelio se dice, que la sola noticia de su nacimiento turbó y desconcertó á Herodes y á toda la capital de los judios. El movimiento, pues, del agua significaba la pasion del Señor, que habia de cumplirse en la turbacion diabólica á que se abandonaría el pueblo judío; y por esto, bañarse en el agua movida, no es otra cosa que creer humildemente en la pasion del Señor. El movimiento y la agitacion que el ángel producía en el agua le daba la virtud prodigiosa de curar al hombre que se sumergia en ella, por inveterada y peligrosa que fuese su enfermedad. Y cómo pueden leerse estas palabras, sin acordarse de las aguas del bautismo, que por la turbacion causada en ellas por Jesucristo, ó sea por su pasion, tienen la virtud, mucho más prodigiosa, de curar las almas de todos sus pecados? Por esta razon los Padres reconocen unánimemente en esta prodigiosa piscina una bella figura del bautismo. El paralítico que yacia treinta y ocho años bajo los pórticos de la piscina, significaba la humanidad pecadora, ó cualquier pecador oprimido por una multitud de pecados enormes. Treinta y ocho años habia estado allí inútilmente. No nos maravillamos de que entre la multitud innumerable de los enfermos de la piscina solo este paralítico atrajese sobre sí las miradas y la compasion del Salvador, supuesto que habia sido tan constante; porque entre los infelices que tienen tanta necesidad de la medicina celestial (y todos nos ha-

llamos en este caso), solo la obtienen aquellos que la imploran con constancia. Este enfermo, en sus bellas disposiciones, figuró las de los pueblos gentiles respecto al Mestias. Los judíos eran miserables, pero no conocían su miseria; y exceptuando algunos pocos justos, la generalidad de ellos no estaba ya con los ojos de la fe fijos en la misteriosa piscina, no suspiraba por la venida del Redentor para obtener la salvación. Por el contrario, la gentilidad, aún cuando doblemente impelida á la desesperación del divino auxilio por las supersticiones absurdas del paganismo y por las doctrinas desconsoladoras de la filosofía, no dejaba, sin embargo, de esperar en el Salvador venidero, cuya idea, aunque confusa, tenía en la mente y cuyo instinto tenía en el corazón; y desde la profundidad de su opresión espiritual elevaba un grito de dolor y un gemido de angustia, solicitando la venida del Redentor. No es extraño, pues, que habiendo nacido el Redentor entre los judíos, que aparentemente lo esperaban, mientras que en realidad temían su venida, cuya noticia les causó mucha turbación, los dejase en su corrupción y en su orgullo, y se presentase á los gentiles y les ofreciese curarlos por medio de sus apóstoles.

Un misterio profundo de misericordia fué figurado en la bondad con que este mismo Señor se presenta hoy al infeliz paralítico de la piscina, que yacía tantos años enfermo, abandonado de todos, y de ninguno compadecido. ¡Oh bondad, oh misericordia del Señor! Acercaándose al lugar donde yacía el pobre paralítico, lo previene el mismo, y su misericordia se inclina á curarlo aún antes de que él se lo pida: y con un aspecto de bondad y de compasión le dice: «¡Desgraciado! ¿quieres conseguir la salud?» Pero, Señor, ¿qué es lo que deites? ¿qué pregunta es esa? El lugar en que se encuentra, el estado del paciente, los trabajos que sufre, las palabras tristes y los suspiros ardientes con que se queja de su enfermedad, ¿no os dicen claramente, que este infeliz ninguna cosa desea más que verse sano? Sí; el Señor ve y sabe todo esto muy bien; pero la divina misericordia, después de venir la primera en busca nuestra, exige la fe y la oración para entregarse á nosotros, y á la oración y á la fe quiere el Señor excitar al paralítico con esta pregunta.

Yo creo que con esta pregunta, extraña á primera vista, ha querido el Señor hacernos conocer que esta corporal parálisis es una figura de la parálisis espiritual, respecto á la cual se debe comenzar por preguntar al que se halla enfermo si quiere ser curado. Porque si no hay ninguno que no desee sanar de las enfermedades del cuerpo, hay muchísimos que ningún cuidado tienen en procurar sanar de las enfermedades del alma. Es verdad que oímos suspirar á los pecado-

res; pero ¿quién es el que los retiene en las prisiones de sus pecados? ¿Es quizá una cadena exterior? ¿es acaso una necesidad interior? No: ellos no se hallan retenidos en la torpe enfermedad de que se lamentan sino por su voluntad, obstinada y dura como el hierro. Ellos se lamentan de sus males, y algunas veces desean y piden á Dios que los cure. Pero estos suspiros son hipócritas, estos deseos no son sinceros, estas oraciones son falsas; pronunciadas por la lengua, son desmentidas por el corazón; y cuando oran éstos, ninguna cosa temen tanto como el que Dios los oiga demasiado pronto, y los cure de las enfermedades de que se aquejan con un dolor fingido. Estas enfermedades son molestas, pero les son agradables; sienten todo su peso, pero temen verse libres de él; ven las llagas de su corazón verter sangre y podre, pero se complacen en verlo; están como degradados y envilecidos, pero se glorían de su estado.

¿Quiereis una prueba de esta su voluntad depravada? El que desea verdaderamente ser curado comienza por privarse de todo aquello que le hace caer enfermo. Pues ¿por qué no se privan esos de las lecturas profanas, de los espectáculos corruptores, de las amistades licenciosas y de las conversaciones torpes con que su corazón se corrompe y su carne se rebela? ¿Por qué no se alejan de los teatros, de las reuniones, de los juegos, de esas atmósferas corrompidas, en que no se respira más que el aire contagioso y pestífero de la irreligión ó del libertinaje?

El que quiere ser curado, llama á los médicos, usa los medicamentos, adopta precauciones, se sujeta á curaciones largas, difíciles y muchas veces más dolorosas é incómodas que la misma enfermedad. Y ¿por qué los pecadores no lo hacen así? ¿Por qué desprecian, por el contrario, la divina palabra, detestan las lecturas piadosas, odian la compañía de los santos, abandonan la oración y viven lejos de los sacramentos, verdaderas piscinas llenas de las fuentes del Salvador, y en las que ha infundido su misericordia la virtud curativa de su gracia; remedios poderosos, seguros é infalibles, que curan de todos los hábitos criminales, de todas las pasiones inveteradas y de todas las enfermedades espirituales? ¿Por qué no van en busca de ellos? Ellos son enfermos voluntarios; ellos están lánguidos, débiles y cubiertos de heridas y de llagas porque quieren. Y á éstos es á quien dirige el Señor su pregunta cuando dice: *¿Quieres ser curado?*

A esta pregunta de Jesucristo responde al momento el paralítico: ¡Ay, Señor, yo quiero ser curado! Si no lo soy, es porque no puedo, es porque me hallo solo, y no tengo conmigo un hombre que cuando el ángel mueve el agua, me ayude á sumergirme en el milagroso ba-

ño. Mientras que yo me esfuerzo en arrastrarme por mí solo, otro más ágil que yo se arroja ántes y me arrebató el puesto y la curación. Entonces el Señor le dice: «Levántate, yo te lo mando; carga tu camilla sobre tus hombros y vete.» Como si hubiese dicho: «Hombre afortunado, ten valor. Si no tienes contigo un hombre, aquí está Dios en tu auxilio. En tu presencia tienes el hombre por quien tantos años suspiraste en vano: el hombre que es al mismo tiempo Dios, y que te cura mucho mejor con un mandato que si tú te arrojas en la piscina. Levántate, pues, y anda.»

Este mismo discurso trata de dirigirlo hoy, en persona del paralítico, á toda la humanidad, que estala representada en el paralítico. Ella, lánguida y afligida por cerca de cuarenta siglos, buscaba el hombre que ayudase á curarla, esto es, el Hombre-Dios; porque el solo hombre, ó sea la ley judaica y la filosofia gentil, habian dado por desesperada su curación. Sion, ó la Iglesia judaica, habia implorado á este Hombre-Dios por espacio de muchos siglos: ella tenia siempre su nombre en la boca y su deseo en el corazon. Y al fin consiguió ver nacer en su seno este hombre tan deseado. Pero no nació para ella sola, sino para la humanidad entera. Si no nos hallamos curados espiritualmente, si todavía no nos curamos, no podemos alegar la razon que alegó el paralítico, de no tener con nosotros el *Hombre*. Siendo nosotros cristianos católicos, tenemos siempre con nosotros este Hombre-Dios, porque él está siempre en la Iglesia, á la que tenemos la suerte de pertenecer. La piscina milagrosa de sus sacramentos está siempre abierta á todos, á todos es accesible y eficaz para curarlos á todos. ¡Oh grandeza, oh abundancia de la bondad divina! Aún cuando los hombres de todo el mundo viniesen al mismo tiempo, con las disposiciones debidas, á las cristianas fuentes de la gracia, todos, sin exceptuar uno, serian curados; semejante á la luz del sol, que alumbrá diariamente al mundo seis mil años há, sin haber disminuido en nada su abundancia ni su actividad, la operacion del Espíritu Santo, la gracia que Jesucristo nos ha dejado en sus sacramentos, por muchos hombres que participen de ella, nada pierde de su riqueza ni de su virtud. No se necesita más que *querer*; querer sinceramente es la única condicion que se exige para sanar; querer la curacion es lo mismo que obtenerla. Esto es precisamente lo que ha querido manifestarnos el Señor en no haber buscado en el paralítico más condicion que la de su voluntad para curarlo: *Vis sanus fieri?* Quiso darnos á entender con esto, que él, por su parte, no nos falta; que está siempre pronto el *hombre* que debe sostener nuestros pasos vacilantes, para que podamos levantarnos; que está pronto el auxilio y el socorro,

y no se espera más que nuestro deseo sincero y nuestra voluntad decidida. Ya habeis visto lo que sucedió al paralítico. Su respuesta á la pregunta del Salvador fué un deseo sincero, fué una peticion humilde para que le curase. Y apenas habia acabado de manifestar este deseo y de hacer esta peticion, cuando la gracia de la curacion llegó inmediatamente. Levántate, le dice el Señor; ya estás sano. Esta palabra imperiosa que resuena hoy en los pórticos de la piscina, salida una vez de la boca del Hijo de Dios, no ha cesado ni cesará jamás de tener en la Iglesia un eco omnipotente. Todo el que quiere ser curado de sus vicios, apenas se vuelve con toda su alma al Hombre-Dios, oye y siente la fuerza divina que le hace levantarse.

2. Despues de haber curado el Señor al paralítico con la fuerza de su voz divina, le manda hacer dos cosas en prueba de la curacion recibida; esto es, cargar sobre sus hombros su camilla, y caminar. Mas estos misteriosos preceptos fueron dados á aquel enfermo en favor del pecador, que estaba representado en él, y que, despues de haber salido de la parálisis de sus pecados, es necesario que cargue tambien con su lecho y camine. En efecto, el lecho del alma es el cuerpo. Así es, que cuando el cuerpo está viciado y corrompido, el alma yace en él, como en un triste lecho, lánguida y enferma; y por lo mismo dice la Escritura, que el cuerpo corrompido agrava el alma. Cargar con su propio lecho significa, pues, levantar de la tierra y de la corrupcion la propia carne, reducirla á la servidumbre y cautivarla bajo el peso de la mortificacion cristiana. El Señor añadió tambien al paralítico: Y anda: *Et ambula*. Mas este segundo precepto, que podia parecer inútil para el paralítico, que seguramente despues de haber sido curado no necesitaba que ninguno se lo mandase para abandonar la piscina; este precepto, repito, es de suma importancia para el pecador curado en el alma. A ti es ¡oh pecador resucitado ya á la gracia! á quien Jesucristo dice: *Ambula*. Sepárate de los lugares funestos, de las ocasiones peligrosas y de las compañías escandalosas, que te han tenido enfermo tantos años: no te pares jamás en el nuevo camino de la salvacion eterna, que has empezado á seguir, sino, por el contrario, trata de corregir todos tus hábitos viciosos: no creas que lo has hecho todo con haber renunciado á los vicios; procura, por el contrario, caminar de virtud en virtud.

El paralítico, levantándose sano y vigoroso al mandato del Señor, cargó su camilla sobre sus hombros, y principió á correr por la ciudad. En vano los judios envidiosos, no pudiendo negar tan estupendo milagro obrado por el Salvador, procuran ocultarlo y oscurecer su gloria, diciendo al paralítico que habia sido curado: «Recuerda que

hoj es sábito, y no te es lícito andar vagando por la ciudad con tu camilla al hombro.» Pero él no los escucha, y se contenta con responderles: «El que me ha curado me ha mandado también que cargue con mi lecho.» ¡Bella respuesta! Todavía rudo en la fe, como judío, pero ya reconocido y alegre por la curación recibida; reconociéndose incapaz de disputar con aquellos maliciosos calumniadores y de dárles la razón del precepto de Jesucristo, se pone á publicar el milagro. Fué como si hubiese dicho á los judíos: «El que ha obrado conmigo un milagro tan grande, tiene para mí más autoridad que vosotros; el que me ha dado la vida, tiene más derecho que vosotros á mi obediencia, y por lo mismo he debido obedecerlo á él más bien que á vosotros.» De la misma manera, nosotros en la práctica de la mortificación y de la penitencia, en el ejercicio de las virtudes cristianas, en la fuga de la reuniones profanas, en el ejercicio de la oración y de la contemplación que nos propongamos después de nuestra curación espiritual, no debemos dejarnos llevar de las habillitas ni de los respetos mundanos, de las acusaciones de nuestros compañeros antiguos en el desorden ni de las consideraciones de honor ó de interés terreno.

Habiendo preguntado los judíos al paralítico, quién era el que lo había curado, respondió: «Yo no lo conozco;» porque el Señor, apénas obró el milagro, se ausentó de la turba de enfermos que llenaba la piscina. Con esto quiso enseñarnos el Señor que entre la turba de los enfermos del alma, figurados en esos enfermos del cuerpo, entre la turba de los pecadores, en compañía de los malvados y de los impíos, no se puede elevar el hombre al conocimiento de Dios. Dios se halla en todas partes; pero, como sucedió al paralítico, no se puede ver este Dios ni unirse verdaderamente á él sino en su templo. Y en el templo precisamente fué donde poco después encontró Jesucristo al paralítico que había curado: *Postea invenit eum Jesus in templo*. Observad el bello ejemplo de reconocimiento y de piedad que nos dá este hombre; habiendo recobrado la salud, no se vuelve á sus vicios, no se abandona á la disipación ni á los placeres, no vaga por las calles y las plazas, sino que se dirige á dar gracias á Dios en su templo por el favor recibido. Pero Jesucristo, al encontrar al paralítico en el templo, se descubre y se manifiesta á él; así es que en el templo es donde el paralítico reconoce á Jesucristo por verdadero Dios y Salvador. Vedlo pues sin detenerse un instante salir en busca de los judíos, y decirles: «¿Queréis saber quién me ha curado? Pues es Jesús.» ¡Oh bello rasgo de reconocimiento y de amor! Después que ha conocido á Jesucristo, no puede contenerse, y siente una necesidad imperiosa de ir anunciándolo á todos. Notad también cuán bellas son estas pala-

bras: «Jesús es quien me ha curado.» Como hebreo de nación, sabía que el nombre de Jesús significa *Salvador*. Fué, por consiguiente, lo mismo que si hubiese dicho: El *Salvador* me ha *salvado*; yo he recibido la salud de aquel que es la *salud* personificada, que tiene la virtud de la salud, así como tiene su nombre.» Con esta su predicación quiso el paralítico, no solo glorificar á Jesucristo, sino también hacerse útil á los judíos, mostrándoles en Jesucristo el verdadero médico celestial de las almas, no ménos que de los cuerpos, y exhortándolos á que recurriesen á él.

Pero ¡oh criminal obstinación de los judíos! En tanto que este su hermano les anuncia en Jesucristo el Salvador, ellos no piensan más que en calumniarlo y en perseguirlo como enemigo. Mas ¡qué bello espectáculo ofrece este hombre dichoso, llevando sobre sus hombros su camilla en señal del milagro que con él se ha obrado! Y superior al temor de ser perseguido por los judíos, y despreciando su envidia y su rabia, recorre las calles de Jerusalem predicando el poder y la gloria de Jesucristo, diciendo á cuantos encuentra, con el más vivo transporte de gozo y de reconocimiento: «Yo estuve paralítico treinta y ocho años, y Jesucristo me curó en un instante.» Dichosos nosotros si, llevando siempre la mortificación de Jesucristo, retratando su vida en nosotros mismos y en nuestras acciones virtuosas, superiores á las habillitas del mundo y á la tiranía de los respetos humanos, nos manifestamos celosos en hablar de Jesucristo, en predicarlo y en hacerlo conocer y amar más bien con nuestras obras que con nuestras palabras! Entonces indudablemente aseguraremos la vida eterna.

Quando el Salvador encontró en el templo al paralítico á quien había curado, le dijo estas graves y terribles palabras: «Mira que ya estás sano; pero procura no volver á pecar, no sea que te suceda otra cosa peor.» Estas pocas palabras encierran sin duda lecciones muy importantes. Ellas nos indican claramente, que la larga enfermedad del paralítico había sido una consecuencia y un castigo de sus pecados; y como no podía recobrar la salud del cuerpo sin detestar los vicios del alma, por eso el Señor le tocó el corazón con su gracia; lo movió secretamente al arrepentimiento, y en tanto que curó exteriormente su cuerpo de la parálisis, purificó interiormente su alma de los pecados. ¡Y qué! ¿proviene acaso todas las enfermedades de los pecados? No todas, pero la mayor parte de ellas. Esto nos enseña, pues, que si es verdad, como lo es en efecto, que Dios manda las enfermedades corporales por motivo de humildad, como á S. Pablo, ó para mejor ejercitar la paciencia y la virtud, como á Job, ó para que sirvan de corrección, como á Ezequías, ó para manifestar su gloria, como al

Ciego de nacimiento; la mayor parte de ellas son un castigo de los pecados. No hay un desórden más comun que el de ver, que apénas nos sentimos levemente indispuestos en el cuerpo, cuando al momento recurrimos á los médicos y á las medicinas, miéntras que, teniendo el alma enferma de muerte por el pecado, no sentimos ningun dolor ni se nos dá ningun cuidado. Y ¿qué es lo que hace muchas veces Dios? En pena del pecado del alma castiga con la enfermedad del cuerpo, á fin de que la enfermedad del cuerpo haga reflexionar sobre la enfermedad y las llagas del alma, y buscar el remedio y la curacion.

Pero, las palabras: «Procura no volver á pecar, no sea que te suceda otra cosa peor.» contienen una segunda advertencia, todavía más importante; porque, ¿cuál puede ser esa cosa *peor* con que el Señor amenaza al paralítico curado, si vuelve á pecar? ¿Puede acaso un pecador encontrar en este mundo una pena de sus pecados *peor* que la de pasar cerca de cuarenta años, es decir, cuasi la vida entera, en el tormento, en la miseria y en la afliccion de una dolorosa enfermedad? Ciertamente que no. Pero si no puede ser castigado con más severidad en este mundo, puede serlo en el otro. Y con este castigo de la otra vida, en cuya comparacion cuarenta años de tormentos y todos los castigos posibles de la vida presente nada son; con este tormento de tormentos y con este castigo de castigos quiso amenazar el Señor en persona del paralítico al pecador reincidente y obstinado, que espera acabar de vivir para acabar de pecar; y al mismo tiempo quiso confirmarnos en la funesta y terrible verdad de que el castigo de la otra vida es gravísimo y eterno.

¡Justicia santa, justicia eterna de nuestro Dios! alejad de nosotros un mal tan grande. Miéntras permanecemos en esta vida, tomad de nosotros todas las satisfacciones que os sean debidas. No nos perdonéis la cosa más pequeña, haced que os paguemos, hasta el último óbolo, la inmensa deuda que hemos contraido con vos por nuestras culpas. Castigadnos con las humillaciones, con las miserias, con las enfermedades y con la muerte. Nosotros lo aceptamos todo voluntariamente y con un ánimo reconocido y pronto, en este mundo; pero, por piedad, perdonadnos en el otro. Castigadnos, azotadnos, sacrificadnos á vuestro justo rigor en el tiempo; mas, por la sangre preciosa de nuestro Salvador, perdonadnos y salvadnos en la eternidad. Así sea.

## PÁRROCO.

(DISCURSO DE ENTRADA.)

### I.

*Pro Christo legatione fungimur.*

Somos como unos embajadores en nombre de Cristo.

(II CORINT. v. 20.)

Mis muy amados feligreses, desde que la divina providencia en sus impenetrables decretos me hubo destinado á ser vuestro párroco, ansiaba el momento de ver un pueblo tan bueno y tan piadoso como el cielo queria confiarle. Obstáculos independientes de mi voluntad me lo han impedido por largo tiempo; pero estos obstáculos se han desvanecido en fin, y me ha sido dado venir á desahogar mi corazon en medio de vosotros, y á dar principio á las intimas relaciones que deben existir entre el pastor y su rebaño. Para hacerlo con acierto pidamos la gracia necesaria: A. M.

1. Hace mucho tiempo que yo os conocia, amados míos, y sabia que hallaria en vosotros corazones dóciles y almas generosas siempre prontas á escuchar la voz del deber y del consejo. Ya conocia yo las bellas instituciones que hacen honor á esta parroquia; y esos ángeles terrestres, personificacion viva de la caridad, de quien se las llama justamente hijas ó hermanas, siempre en accion para socorrer los cuerpos y las almas; y esas casas de retiro para las señoras cristianas; y (lo que debo contar entre mis más dulces complacencias) esos administradores de los intereses temporales de la Iglesia tan edificantes en toda su conducta, tan celosos por el bien, y tan prontos á secundar la voz del pastor. Yo conocia todas estas cosas, hermanos míos, y yo tengo un placer en publicarlas, porque las glorias de mi iglesia me son muy queridas.

Yo sostendré con todos mis esfuerzos todas estas bellas instituciones, rodeándolas de todo mi afecto. Con gusto os lo digo: no hay ni

una sola de las obras empezadas por mi santo predecesor, que yo no tenga ánimo de continuar. Quiero hacer todas las limosnas que él hacía: quiero mantener todas sus buenas obras, y así como su alma benigna aspiraba á acrecentarlas sin cesar, así yo aspiro también á proseguir su desarrollo y su progreso.

Ayer de mañana nada era yo todavía para vosotros, un extraño, un desconocido; pero desde el momento solemne en que el Obispo me ha instituido canónicamente por vuestro pastor, vuestra posición respecto á mí ha cambiado completamente: vosotros no debéis considerar en este acontecimiento más que al mensajero de Dios, al ángel del Señor. Mi misión cerca de vosotros no es terrestre, viene del cielo mismo; y el conducto por donde se trasmite esta misión celestial, es el Obispo que, á su vez, ha recibido la suya, aunque en una esfera más alta y más extensa, por el órgano del sucesor de S. Pedro, á quien se le dijo: «Así como mi Padre me ha enviado, del mismo modo os envío.» (JOAN. XX, 21). De manera, amados hermanos míos, que por indigno que yo sea, tengo el derecho y el deber de deciros como Moisés: «Aquel que todo lo es, me envía cerca de vosotros:» *Qui est misit me ad vos* (ÉXOD. III, 14). Como Juan Bautista: «Yo soy el precursor del Salvador, encargado de decir á todos, voz en grito: preparad el camino del Señor: haced derechos sus senderos» (MARC. I, 3). Como S. Pablo: «Yo soy el embajador de Jesucristo cerca de vosotros, y es á Dios mismo á quien debéis respetar en mi autoridad y escuchar en mi doctrina...» *Pro Christo legacione fungimur tanquam Deo exhortante per nos* (COR. V, 20).

Pero, si yo os tengo este lenguaje, no penseis que sea por elevarme yo mismo: esta dignidad me confunde y me deslumbra más de lo que me exalta, y me causa más vergüenza que vanagloria; y os digo estas cosas por vosotros y por vuestro interés, porque mi ministerio no puede seros útil sino en cuanto le mireis con los ojos de la fe, viendo en nosotros, no hombres, sino ministros del Dios vivo, mensajeros del cielo y ángeles del Señor cerca de vosotros.

Esta dignidad me confunde tanto más, cuanto que ella me impone deberes que me hacen temblar. Yo debo ante todo orar por vosotros, hermanos míos; porque habiéndome sido confiada vuestra salvación, y siendo la salvación obra de la gracia, solo por medio de la oración se consigue que descienda del cielo esta gracia, de cuya ayuda he de servirme para lograr vuestra salud eterna. Ya esta mañana he ofrecido en ese altar el santo sacrificio por vosotros, y en adelante, todos los días de mi vida rogaré por vosotros y colocaré vuestros corazones sobre la sagrada patena al lado de la adorable Víctima, conjurando

al Señor á que amortigüe en vuestras almas el fuego de las pasiones, encendiendo en su lugar el de su santo amor; que fortifique vuestra debilidad, que os sostenga en vuestro abatimiento y que haga en fin de esta parroquia que me ha sido confiada, una parroquia santa, una parroquia de amigos de Dios y de almas fervorosas. Rogar por vosotros; he aquí mi primer deber, y le llenaré.

Mi segundo deber es el de daros ejemplo, y esto me confunde aún más. ¿Y cómo podré yo, en medio de todas mis miserias y de mis defectos, dar el ejemplo según se debe, marchar á la cabeza del baño y mostraros la vía con mi conducta? Hermanos míos, dos cosas hay, sin embargo, de las que yo me empeño en daros el ejemplo: la primera es la limosna. Sí, hermanos míos, yo me obligo delante de Dios á vivir y morir en pobreza dándole todo á los pobres, hasta el punto de no tener precisión de otorgar testamento por no dejar cosa alguna que legar. El segundo ejemplo que yo me encargo de daros, es el de la caridad. Si: es mi voluntad amaros á todos en nuestro Señor Jesucristo, con toda la extensión de mi alma: quiero trataros con caridad, y siempre con bondad, y hacer un solo corazón y una sola alma de todos mis queridos parroquianos, á fin de conducirlos juntos al cielo, unidos por los lazos de la caridad de Jesucristo: *In vinculis caritatis Dei*.

Aún me que á otro deber que cumplir: tal es el del celo sacerdotal. ¡Ah, hermanos míos! por salvaros y traer al seno de esta parroquia la felicidad de los antiguos días de nuestro cristianismo primitivo, si, estoy pronto á ofrecer mi vida; si, yo derramaría por un fin tan bello toda mi sangre como si fuese una gota de agua. A lo ménos, desde este instante, no me pertenezco ya á mí mismo: todo soy vuestro. Al constituirme vuestro pastor, he dejado de pertenecerme, y la existencia de mi vida se dedicará entera en beneficio vuestro; el tiempo, la buena salud, la fuerza, la existencia misma, todo es vuestro. Durante treinta años he predicado á los sacerdotes sobre esta vida sacrificada al deber; yo quiero, y cuento para ello con la divina gracia, que mis acciones no estén en contradicción con mis palabras, ni que mis discursos pasados se avergüencen en presencia del ejercicio de mi presente ministerio. Para llenar este gran deber me hallaréis quizás, hermanos míos, muy avaro del tiempo que habría necesidad de invertirlo en cosas inútiles y en placeres; pero me vereis pródigo cuando se trate de vuestra salvación. Me encontraréis, puede, en vuestras sociedades ménos veces de las que lo deseáis; pero la iglesia y el santo tribunal de la penitencia, los pobres, los enfermos y los afligidos de toda especie cuyo número ¡ay de mí! es tan grande, me

verán con más frecuencia. Todas las privaciones serán para mí otros tantos goces, con tal que ningun necesitado se escape á nuestra solicitud y á nuestro cariño.

2. Tales son, hermanos míos, los deberes que tengo que cumplir respecto á vosotros; pero permitidme que os lo diga: á mis deberes respecto á vosotros corresponden los vuestros respecto á mí. Estos son primeramente el respeto á mi carácter pastoral y á los que parten conmigo las funciones de mi ministerio. Si yo os llamo hácia vuestros deberes, hermanos míos, es porque nuestro ministerio no puede seros útil, sino según la medida de respeto y de consideración con que vuestra fe le rodea. Y ¿cómo es posible que si no nos mirais más que como hombres, y si en vosotros no veis los hombres de Dios, os atrevais á descubrir en el santo tribunal de la penitencia los secretos más penosos de vuestra conciencia? ¿Cómo es pues posible, que si no veis en nosotros los hombres de Dios, escuchéis nuestra palabra con ese respeto, con esa sumisión con que solamente puede ser provechosa? Si no veis hombres de Dios en nosotros, ¿cómo habeis de obedecer nuestras prescripciones? Y ¿quién soy yo entonces para mandaros ninguna cosa? Yo no tengo el derecho de hacerlo sino como el enviado de Dios, en tanto que respeteis en mí al hombre de Dios. Todos nuestros sacramentos, nuestro ministerio, la predicación de la divina palabra y todas esas cosas santas, todos esos altos misterios carecen de sentido para vosotros mientras no veais en nosotros los ministros del Dios vivo, los ángeles del Señor. Vosotros debeis pues, en vuestro interés más preferente, respetar profundamente nuestro carácter, y haceros partícipes de los sentimientos que animaban á S. Francisco de Asis, cuando decía: «Si yo caminando encontrara al paso un ángel y un sacerdote, me prosternaría desde luego á los pies del sacerdote como personaje más augusto, y el ángel del Señor recibiría los homenajes de mi respeto en segundo lugar.»

Vosotros debeis, lo segundo, ayudarme, hermanos míos, y secundarme con vuestro celo. Padres y madres de familia, vosotros debeis ejercer el sacerdocio en el interior de vuestras casas; vosotros debeis ser los apóstoles de vuestros hijos, inspirarles temprano el santo temor de Dios, y su amor con preferencia: formarles en la piedad, darles buenos ejemplos, alejarlos de las malas compañías, y reflexionar en que su alma os está confiada, y que de ella tendreis que responder delante de Dios. Por esa parte vosotros me secundareis en mi ministerio. Amos y amas, vosotros debeis velar á vuestros criados y sirvientes, y que cumplan con los deberes de cristianos, porque el Apóstol os grita, que aquel que no tiene cuidado de la salvación de

sus siervos, es mirado como infiel. Por donde quiera que veais á alguno que sea desleal á las prácticas de la religion, si teneis alguna influencia sobre él, si podeis ejercer algun imperio sobre su alma, debeis ponerlo en uso para atraerlo á la religion, porque Dios ha encargado á cada uno la salvación de su hermano. Si sabeis que alguno está enfermo, debeis tratar de persuadirlo que recurra al ministerio del sacerdote: debeis avisarnos desde el momento en que lo sepais, que hay un enfermo cuyos parientes no piensan en llamar un sacerdote, y usar de toda vuestra influencia para determinar al paciente á que admita los socorros de la religion. ¡Estos pobres enfermos no tienen ya quizá más que algunos momentos, y el último va á decidir tal vez de su eterna suerte! ¿Cómo poseereis la caridad cristiana, hermanos míos, si no ejercéis toda vuestra influencia para salvarlos, procurándoles los socorros de la religion?

En fin, hermanos míos, es preciso que todos unidos os pongais á trabajar de comun acuerdo para extender el amor, el conocimiento y el servicio de Dios. Este es vuestro segundo deber.

Debeis en tercer lugar, rogar por nosotros. ¡Ah, queridos hermanos míos! Ya que me veo cargado, abrumado bajo el peso de tantos deberes, ayudadme con el auxilio de vuestras oraciones, dirigid una más al corazón de Jesús, cuya solemnidad celebramos hoy. Orad, orad diariamente por mí como yo lo haré del mismo modo por vosotros, á fin de que Dios me conceda la gracia de llenar mi misión de una manera venturosa para vuestra salvación, y venturosa tambien para la religion: así, queridos hermanos míos, nosotros nos amaremos todos en el Señor, y despues de habernos amado en la tierra, iremos á continuar amándonos en el cielo. Esta es la gracia que yo os deseo con toda la efusion de mi alma. Amen.